

VALORES, PODER Y ESTADO

Dr. Luis Guillermo Coto Moya

La complejidad del mundo contemporáneo exige para su comprensión, la vinculación de diferentes ópticas que coadyuven en la claridad conceptual para tratar de interpretar las características de la conducta social.

La realidad social se contempla como una enorme diversidad de acciones que experimentan una continua interacción y un constante cambio. Los individuos, las familias, la burocracia de estado, las organizaciones y la sociedad civil, entre otros espacios sociales, resultan altamente diversos y complejos en su observación y estudio.

Es significativamente difícil poder controlar tal número de complejidades sociales de tantos tipos y mutuamente relacionadas. Los valores articulan, cohesionan y alinean las conductas de las personas en un período determinado, los cuales constituyen el “pegamento social” que modula las prácticas y credos sociales.

La axiología es la rama de la filosofía que estudia la naturaleza de los valores y los juicios valorativos o la esencia del valor en la sociedad. Los valores son los conductos por los cuales se irriga todo el sistema social; a mayor simetría de valores es probable generar mayor articulación y cohesión social.

Los valores aplicados en las iniciativas de transformación social suelen ser de suma importancia a la hora de impulsar el cambio, la modernización y la innovación; pues ellos constituyen los principios conductores de la acción humana que se incorporan y expresan a través del proceso de socialización o moldeamiento social.

Dichos valores edifican y dan sustento al orden político, social, económico, y cultural vigente en los diferentes momentos históricos del desarrollo de la sociedad.

La cosmovisión y su materialización en el modelo de sociedad está signado por el significado subjetivo que cada quien le otorga a los valores aprendidos, en función de las condiciones, la posición y el contexto en el que se desenvuelven. Así por ejemplo, el significado subjetivo de libertad, paz y democracia puede ser diferente de una sociedad a otra.

Sea en el campo social, metafísico, científico, político, las realidades están condicionadas por algo que impregna el ser y se convierte en fuente motora del accionar. La práctica de valores es el fermento que moldea la génesis y acción de las sociedades, que inciden en los diferentes segmentos de la población, incluido en la forma de cómo se estructura y accionan los sectores de poder.

Ninguna actividad humana incluyendo la ciencia está exenta de valores, las diferencias provienen del significado subjetivo que le atribuimos y al peso que tienen sobre nuestras actuaciones. No existen aproximaciones científicas y referentes teóricos “neutro”; todos están influenciados por conocimientos, creencias, percepciones, principios y valores.

Dentro de la configuración social, la variable de poder y valores juegan un rol importante en la forma como se estructura y se ejerce el poder de una sociedad.

La escala de valores que se privilegia en un momento dado, definirá las condiciones sobre las cuales se expresan acciones orientadas a la igualdad, la equidad, la ética, la solidaridad y justicia social, o por el contrario, aquellas acciones que se concentran en el liberalismo económico o el sentido egoísta de la individualidad.

Pretender fomentar una sociedad moderna, solidaria, civilista, con equidad y justicia social, presupone la existencia de prácticas sociales apegadas a valores que reconozcan la ideología del interés general por encima de los intereses individualistas de personas o grupos corporativizados.

Por tanto, como derivado de los valores que se privilegien, se originan las políticas públicas que en principio son respuestas que brinda el estado para la atención de las necesidades latentes de la ciudadanía. Éstas responderán principalmente a las características y los niveles de incidencia de los grupos de poder.

El estado, el mercado y la sociedad civil se constituyen agentes multiplicadores de buenas o malas prácticas de valores.

Para lograr buenos resultados en la gestión política y en la gestión pública se requieren gobernantes y funcionarios que posean valores y conductas íntegras, quienes en su condición de depositarios temporales del poder, deben privilegiar la ética pública, la efectividad y transparencia en su gestión.

De manera consciente o inconsciente las personas asumen que para vivir en sociedad es necesario establecer “reglas de convivencia”, las cuales deben ser acatadas por la mayoría para que se establezcan relaciones de equilibrio, cuando sucede lo contrario; se genera una anarquía social.

En el actual contexto, se cuenta con una crisis sistémica de factores políticos, económicos, financieros, sociales, culturales y ambientales, que se incrementan con la crisis sanitaria provocada por el COVID19, la cual ha impactado fuertemente la mayoría de los países del planeta.

Ahora bien, más allá de los elementos señalados, la principal crisis que ha venido arrastrando la humanidad es la *crisis moral*, la cual se evidencia, en prácticas sociales que atentan con la ética, la transparencia, la honestidad, la responsabilidad, la honorabilidad y la solidaridad social.

A partir de la difícil situación por la que se atraviesa, las sociedades están fragmentadas en grupos corporativizados, donde cada cual puja desde su visión individual y no con una visión de unidad, más en lo particular y menos en lo general.

Los valores de la sociedad actual pasaron de tener un sentido más comunitario, conservador y religioso, a uno más liberal e individualista donde lo que importa es la obtención y satisfacción de los deseos personales que en ocasiones implica el perjuicio contra los demás. Se ha brindado un valor especial a lo material y al poder, haciendo que las personas que se consideran acordes a la época, sean aquellas que son capaces de poseer, dominar y controlar.

El individualismo ha llegado a transformar las relaciones sociales y el sistema de valores, de manera que cada persona cuenta con la autonomía para desarrollar y ejercer aquellos valores que cree conveniente más que aquellos que fueron establecidos por tradición. La autorrealización y la prosperidad personal se han convertido en los fines de la humanidad, los cuales se alcanzan mediante un nuevo sistema de valores, creencias, actitudes y conductas que se basan en la elección racional personal.

Estos nuevos códigos sociales nos obligan a rescatar el valor de la ética pública en las instituciones; es fundamental promover una conciencia pública en los individuos que tienen un carácter activo en la marcha y desarrollo de la gestión de las instituciones.

Se deben controlar las prácticas mercantiles que promueven altos niveles de corrupción, como en el usufructo y negociación personal con los bienes públicos.

La ética y la moral aplicada a la función pública implica servicio eficiente a la ciudadanía, es además un importante mecanismo de control de la arbitrariedad en el uso del poder público, un elemento clave para la creación y el mantenimiento de la confianza en la administración y sus instituciones.

Al elevar la calidad de la administración pública se promueve la conducta honesta, eficiente, objetiva e íntegra de los funcionarios en la gestión de los asuntos públicos. De igual manera ayudan a reivindicar la imagen del funcionario, del gobernante, del político y en general de quienes se encuentran en el ámbito de acción del servicio público.

Confucio manifiesta sobre la manera de actuar de un buen gobernante: “El gobernante se haya obligado, sobretodo, a perfeccionar su inteligencia y su carácter para conseguir la virtud; si obtiene la virtud recibirá el afecto del pueblo; si goza del afecto del pueblo, su poder se extenderá por toda la región; si ha adquirido el poder sobre la región, le resultará fácil alcanzar la prosperidad del Estado”.